¿Por qué san Juan de la Cruz conservó la primera redacción de *Cántico Espiritual*?

Francisco Brändle, ocd
Carmelitas Descalzos-Las Batuecas (Salamanca)

Introducción

En su día al presentar la edición del códice de Jaén, con el cántico B, José Lara Garrido nos ofreció un buen estudio de las hipótesis y caminos por donde había corrido la investigación para dar razón de las dos redacciones; no obstante, termina con unas palabras que quieren ser el comienzo de lo que en estas breves líneas pensamos ofrecer:

> «Cuando se explique con suficiente rigor el proceso *interno* de su reescritura, el enjuiciamiento de *CA* y *CB* dejará de estar teñido de preocupaciones extraestéticas. Habrá sonado la hora de los lectores de San Juan de la Cruz»[1].

Espero que mis breves reflexiones contribuyan a descubrir ese proceso interno. Sin más, paso a exponerlas.

La influencia de Santa Teresa en la primera redacción del poema del Cántico

Uno de los momentos más interesantes en la relación entre Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, nos lo ofrece Santa Teresa en sus

---

[1] San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual y poesías, Manuscrito de Jaén, II, Transcripción* (Madrid: Junta de Andalucía-Turner, 1991), Prólogo José Lara Garrido, LVII.

cuentas de conciencia: «estando comulgando, partió la Forma el padre fray Juan de la Cruz —que me daba el Santísimo Sacramento— para una hermana. Yo pensé que no era falta de Forma, sino que me quería mortificar, porque le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las Formas (no porque no entendía, no importaba para dejar de estar el Señor entero, aunque fuese muy pequeño pedacico)»[2]. Las razones para mortificar a la Santa no se explicitan, pero bien claro está por el contexto que se trata de llevar a la Santa por caminos de contemplación en los que la encarnación era siempre una mediación que había que ir dejando. El Señor confirma a la Santa en su camino, asegurándola que nada impide en el camino de la contemplación cristiana el vivirla desde la humanidad de Cristo. Más aun es el camino para la verdadera unión con Dios, que ya no solo se hace Señor y Creador, sino Esposo. El símbolo esponsal nos introduce en una nueva forma de vivir el misterio divino, que se alcanza así por el camino de la unión con Él. Lo que para Santa Teresa es una experiencia viva y real, aún no lo es para san Juan de la Cruz, que en todo el tiempo, que permanece en Ávila sigue entendiendo, con los autores místicos de su tiempo, que la humanidad como mediación ha de ser superada en la contemplación de la divinidad. El encuentro con Dios se alcanza en la visión, en un camino marcado por el conocimiento.

Llegamos así a los primeros días del año 1577, singular en la vida de nuestros santos. En estos primeros días del año, Teresa de Jesús puede emitir su juicio sobre la respuesta que a su «habla»: «Búscate en mí», dio san Juan de la Cruz. No contamos con el texto del santo, sí, con la respuesta de santa Teresa: «Harto buena doctrina... más no para nuestro propósito. ¡Caro costaría si no pudiésemos buscar a Dios sino cuando estuviésemos muertos al mundo...[3]. Trata mucho de hacerse una misma cosa con Dios en unión, y cuando esto

[2] CC n 25, del 18 de noviembre de 1572. Adoptamos la numeración de la 5ed. de la Editorial de Espiritualidad, anotando la fecha, conscientes de la dificultad que hay en la numeración de las mismas.

[3] Se trata de una búsqueda amorosa, que acaba en el encuentro y la unión. Muertos al mundo, es vivir esa dimensión espiritual totalmente desprendida de

viene a ser, y Dios hace esta merced al alma, no dirá que le busque, pues ya le ha hallado». Son impresiones que de la respuesta tiene la Santa, que le siente lejano, y del que al fin habría que decir: «Dios me libre de gente tan espiritual que todo lo quieren hacer contemplación perfecta»[4].

A mediados de julio de este año de 1577, sale para Ávila, allí está todavía san Juan de la Cruz, está escribiendo los capítulos correspondientes a las Moradas sextas y séptimas, que termina el 29 de noviembre. Son los capítulos que expresan la verdad de las cumbres de la contemplación cristiana en la experiencia teresiana. No nos es fácil saber si en algún momento habrá podido compartir con san Juan de la Cruz lo que va escribiendo, pero por lo que después nos dirá san Juan de la Cruz, hemos de intuir que ella pudo abrirle el camino, para lo que unos días después vivirá el Santo.

Son los días correspondientes a la Navidad de 1577, san Juan de la Cruz los pasa en la cárcel de Toledo, donde le brotan los bellos poemas sobre la Encarnación, y sobre su experiencia descubierta ahora a la luz de este misterio, al que una y otra vez le ha invitado Santa Teresa. Es su propia vida de búsqueda la que se constituye en el fundamento de su crear poético: brotan las canciones del Cántico espiritual en su primera redacción, a la luz del misterio de la Encarnación que tanto le ha costado asimilar como fundamento de toda contemplación cristiana. Hasta llegar a la cristalina fuente ha recorrido un camino, pero una vez descubierta, de lo que se trata, es de encontrar la divinidad en el centro de esa vida humana que tiene dibujados los ojos divinos. El vuelo de la contemplación se detiene en el momento que aparece el ciervo vulnerado, la humanidad que en Cristo está plenamente llagada en aquel amor con el que Dios se revela al hombre. Ahora es cuando puede cantar lo que es el Amado, pero es también ahora cuando puede descubrir lo que es el hombre asentado en el ser de Dios así revelado. Las canciones que en el orden de la primera redacción siguen a estas dos que hablan del

---

la materia. La unión que aquí alude la santa es la unión con la divinidad, prescindiendo de toda materia.

[4] Cfr. Santa Teresa de Jesús, *Vejamen (Del padre fray Juan de la Cruz)*.

Amado (CA 13 -14), son las que reflejan el ser del hombre abierto y creado para esa contemplación del Amado. Son estas nueve canciones del Cántico A, de la 15 a la 24, en el orden que en esta redacción aparecen, la expresión más bella de lo que es la naturaleza humana en el proyecto de Dios, en el origen, creado para la unión con Dios. Serán desplazadas cuando en un segundo momento no se contemplen desde la protología sino desde la escatología, desde la meta a alcanzar, y no desde el origen.

La sabiduría mística que se alcanza por amor

Desde esta conciencia de lo que es el hombre puede san Juan de la Cruz afirmar que sus canciones nacen del amor que abre el entendimiento a una sabiduría mística en la que no se declara al justo, con adecuación de la mente al objeto, sino que se deja abierta la realidad para ser percibida desde la inteligencia amorosa, en que no es necesario entender distintamente, sino envolverse en la luz de la contemplación.

Es un saber por amor donde se gusta lo que se conoce. Y lo que se conoce es un Dios enamorado que ha revelado al hombre su misterio por medio de la Encarnación. En la espesura de la vida se alcanza ese conocimiento[5], y gozarán de ello y de las virtudes y atributos de Dios. Es la ciencia por amor que se descubre en esa primera redacción del Cántico[6], y que en su segunda redacción proyecta en una escatología futura, pues será en la gloria, viendo a Dios cara a cara[7].

Como testimonio de lo que acabamos de afirmar presentamos lo dicho en las cinco últimas canciones del Cántico CB 36-40; CA 35-39

Es algo claramente manifiesto que según se lea la declaración de las cinco últimas canciones en el Cántico A, o en el Cántico B nos vamos a encontrar con esta diferencia: alusiones protólogicas en el A y escatológicas en el B. Intentaremos ponerlas de relieve, y una vez destacadas las diferencias, descubriremos el por qué de las mismas.

---

[5] Cfr. CA 35,7-8.

[6] Nos limitamos aquí a un ejemplo, se podrían extender a lo largo de las cinco últimas canciones del Cántico. Cfr. CA 36,1-2.

[7] Cfr. CB 37,2.

Canción 36 (CB), 35 (CA)

En la anotación, que viene a ser genérica para todas las cinco últimas canciones, se pide al Amado el beatífico pasto en manifiesta visión de Dios, que solo le queda que desear gozarle en la vida eterna. Se entiende así que la clave para leerlas es la visión beatífica que ha de colmar la vida humana. La presentación de la situación en que se encuentra el sujeto responde a una cumbre de perfección y libertad de espíritu en Dios, como superación de las repugnancias y contrariedades de la sensualidad, que le permiten gozar de íntimo amor con el esposo, la cita de Tobías (14,4) confirma la presentación que hace, y la explicita con la cita de Isaías (58,10-14) en clara perspectiva escatológica. Y ya solo se desea venir a gozarle en la vida eterna. Para nada se alude, como después se verá en CA, al día en que en su eternidad Dios decide crear al hombre para venirse a unir con él.

Que la hermosura de Dios y del hombre, sea la misma hermosura de Dios, es la clara consecuencia de ser hijos, en la adopción filial que nos vino a revelar el mismo Hijo en san Juan (Jn 17,10), y venir a repetir con él: *Padre todas mis cosas son tuyas;* en el CB esta afirmación se matiza aludiendo que será cuando vea Dios cara a cara el día de su triunfo.

La muerte es para el lector de esta canción en el Cantico B, el último de los trabajos a padecer para alcanzar la deleitable sabiduría de Dios. Para nada se alude a las otras muertes, a los apetitos y apegos, que tanto vive y hace vivir a los seguidores de su doctrina.

Canción 37 (CB), 36 (CA)

Cuando pone su anotación a la canción 37 (CB), no duda en afirmar que si se desea verse desatado de la condición presente es por venir a entender las profundas vías y misterios eternos de la encarnación, para venir a gozarlos. Verse en la hermosura de Dios es llegar a descubrir estos misterios.

En una primera forma de entenderlo es llegar a este conocimiento por los trabajos que acarrea la condición presente. Adentrándose en ellos se vendrán a conocer los subidos misterios de Dios. El

conocimiento de ellos y de las virtudes y atributos de Dios que por ellos se descubren en Él (CA 36.7-8). Adentrase más adentro en la segunda redacción es llegar a descubrirlos en la gloria, viendo a Dios cara a cara, unida el alma a esta Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, conocerá el alma los subidos misterios de Dios y Hombre (CB 37,6).

Este ahondar en Cristo no nace de la reflexión teológica, que nunca alcanza a decir ni entender lo que encierran. Para subir a estas cavernas subidas se ha de entrar en la espesura del padecer, interior y exteriormente y pasar por ello, recibir mercedes intelectuales y sensitivas, que no alcanzan todavía este sublime adentrarse en las cavernas. Pero finalmente, llegar a ello es llegar a la más alta sabiduría que en esta vida se puede alcanzar[8].

Revisando su escrito, en el comentario que encontramos en la segunda redacción, esa caverna, aludida en el pasaje de Moisés, sería entender a través de la humanidad de Cristo, las espaldas de Dios, modo que pudiera parecer limitado, algo que en la primera redacción era darle conocimiento de los misterios de las obras de Dios, sobre todo los de la encarnación de su Hijo. No se trata de venir a un modo limitado de conocer, sino a conocerlo en el modo en que se revelan los misterios de Dios, que es a través de la encarnación. El proceso en el comentario sigue de modo paralelo, pero ya el principio ha variado. Es el Amado el que la convida a absorberse, transformarse y embriagarse en el amor de la noticia de ellos, se dice en la primera redacción, la noticia es toque sustancial, mientras que en la segunda redacción es la sabiduría de ellos, la realización acomodada al tiempo, aunque en ambas sea escondiéndose en el seno, pecho, del Amado. Es la vida ya transformada, la que se vive en constante novedad, algo inefable, que en la revisión hecha para la segunda es conocimiento nacido de una ciencia: el conocimiento de la predestinación de los justos. No deja de aludirse a la transformación en amor de Dios, agradeciendo y amando al Padre, por su Hijo Jesucristo, pero es algo que se contempla como futuro. Es comunicación de los mis-

[8] Cfr CA 36,3.

terios, en los que el alma se adentra en esa noticia sustancial, la que el Santo vivió y cantó en la primera declaración de sus canciones.

Canción 38 (CB), 37 (CA)

Haciendo alusión a las canciones pasadas, sigue insistiendo en la dimensión escatológica futura de los bienes a recibir, en aquella felicidad eterna, cuando se vea transformada en la hermosura de su Sabiduría, en la hermosura de la unión del Verbo con la humanidad, al tiempo que da la clave en la que se ha de interpretar la canción siguiente: la manera de gustar aquel divino mosto de granadas, y lo que responde más a la segunda redacción: recordar al Esposo la gloria que ha de dar su predestinación.

El fin de entrar en las cavernas, en la declaración hecha según la primera redacción de *Cántico*, es alcanzar el perfecto y entero amor, que es el fin de todo, y con ello alcanzar perfectamente, según lo espiritual, el derecho y limpieza del estado de la justicia original. En *Cántico* B, la declaración cambia de orientación, ahora lo que allí le dará es la gloria esencial para que Él la predestinó el día de su eternidad, con clara visión de futuro.

Es de sumo interés venir a caer en la cuenta del diferente enfoque y la forma tan distinta de comprender cómo Dios enseña a amar al alma. El alma desea amar como de Dios es amada, porque no puede estar satisfecha si no siente que ama cuanto de Dios es amada. En la segunda redacción lo que desea alcanzar para ello es la transformación en gloria, algo que en la primera redacción se contemplaba desde la perfecta y actual transformación por amor. Se aclara en la segunda redacción que por muy alta que sea la transformación, nunca alcanzará esa perfección, si no es esperando como dijo san Pablo a conocer como es conocida de Dios (1Cor 13,12). En el primer comentario lo que verdaderamente se contempla es que la voluntad del alma se ha hecho ya una con la voluntad de Dios, con lo cual ama como de Dios es amada, porque su voluntad se ha hecho una con la Dios, y por tanto le ama en el mismo amor con que él a ella ama, que es el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones (Rom 5,5). Esto se entiende en el comentario de la segunda redacción como fru-

to de la transformación en gloria, aclarando que en esta vida en alguna manera se alcanza. El primer comentario es mucho más explícito en la afirmación de este amor ya alcanzado. Y así ama en el Espíritu Santo, no como instrumento, sino juntamente con él, por razón de la transformación, supliendo lo que falta en ella por haberse transformado en amor ella con él[9]. Así se alcanza la pretensión del alma, que vive ya la plenitud de la unión. En esta vida en alguna manera se puede alcanzar lo que en la segunda redacción se deja para la otra vida, de lo que habla Santo Tomás *in opúsculo De Beatitudine* que es el opúsculo que tiene siempre presente al redactar esta segunda versión del Cántico y donde se dice lo que ha de ser la vida futura. En este adelantar tal vida se recuerda en la primera redacción que de esta manera de amor perfecto se sigue luego en el alma íntima y sustancial jubilación a Dios, porque parece, y así es, que toda la sustancia del alma bañada en gloria engrandece a Dios; y siente, a manera de fruición, íntima suavidad que la hace reverter en alabar, reverenciar, estimar y engrandecer a Dios con gozo grande, todo envuelto en amor (CA 37,4). Considerando de nuevo tal plenitud como el don de Dios, tal cual fue la del estado de la inocencia, o limpieza bautismal.

Donde se acaba de evidenciar esta doble perspectiva que diferencia una de otra redacción es en la consideración de aquel *otro día.* En la primera redacción es breve y sencillo: el otro día alude al estado de justicia original, en que Dios le dio en Adán gracia e inocencia, o al día del bautismo, en que el alma recibió pureza y limpieza total, la cual dice aquí el alma que luego se la daría en la misma unión de amor. Hasta esta pureza y limpieza llega el alma en este estado de perfección, la que Dios le dio en el origen. Con ello queda declarado en CA el verso *aquello que me diste el otro día*. Es a la pureza que llega el alma en este estado de perfección.

La nueva declaración introducida en el CB nos remite totalmente a una visión escatológica proyectada al futuro: *lo que le daría* es la gloria esencial, que consiste en ver a Dios. Lo que le lleva incluso a resolver dudas nacidas de la diferencia entre su experiencia y la teo-

[9] Para cuanto decimos cfr. CB 38,3 y CA 38,2.

logía que acaba de afirmar. Curiosa explicación para venir a defender que el alma vive olvidada de sí, dándose a Dios. Y el día en que esto sea, es el día de la eternidad, otro que este día temporal, conjugando así el día de la eternidad en el comienzo con el del fin, y afirmando que aquello para lo que Dios la predestinó sin principio vendrá ella a poseer sin fin. Y lo que esto sea, algo inefable, no se reduce a considerar la nueva vida desde Dios, sino que se detiene para declararlo en terminología escolástica basada en textos apocalípticos[10].

Canción 39 (CB); Canción 38 (CA)

La anotación con la que en el CB se introduce la canción dice explícitamente: «en la siguiente canción se emplea en decir algo de aquella fruición que entonces gozará en la beatífica vista». La primera redacción, introducido en la misma declaración dirá que lo que ha de tratar es aquello que pedía la esposa en la pasada canción.

En el CB no dejará de recordar esa semejanza entre la vida beatífica y la vida de los perfectos en esta, algo que no encontramos en CA, que vive envuelto en la gracia presente que Dios ya ha concedido al alma. Nuevamente en el discurrir de la declaración (CA 38,7) siente la voz del Esposo como «dulce filomena» renueva y refrigera la sustancia del alma, como a alma ya bien dispuesta para caminar a vida eterna.

Volverá a recordarnos en CB: «Pero, por cuanto no es tan perfecta como el cantar nuevo de la vida gloriosa... rastrea por la alteza de este canto la excelencia del que tendrá en la gloria...» (10).

Una visión mucho más encarnada del misterio divino se deduce también de cómo declara el *soto* como Dios en todas sus criaturas (CA, 38,9), algo que en CB se hace mucho más trascendente remitiéndose a su ser Criador (CB 39,11).

La noche, que es la contemplación, lo es en comparación de la beatífica vista, que, al fin, es la que aquí se pide. Y si en el CA es serena porque está limpia de nubes y vapores (CA 38,10), en el CB (39,13) es

[10] Cfr CB 38 4-9.

serena porque es clara y beatífica. Y así, en decir en *la noche serena* es decir en contemplación ya clara y serena de la vista de Dios.

Lo que no puede ser sino en el estado beatífico, que es consumir sin dar pena, según la declaración de CB 39,13. En CA no da pena de variedad: más o menos grados de amor, como antes que llegase a la plena capacidad de este perfecto amor (CA 28,11)[11].

Canción 40 (CB); canción 39 (CA)

En el CB se introduce la canción con una declaración con claras alusiones a la vida futura. A ella ha de llegar desde este estado ya bien dispuesta y habiendo pasado por el desierto de la muerte, para llegar a los asientos y sillas gloriosas de su Esposo (CB 40,1). La primera redacción lo que hace es dar a entender la disposición que tiene ya para recibir las mercedes que en este estado se gozan. Este estado alcanzado ya (CA 39,1). Las cuatro disposiciones son idénticas en una y otra redacción. No son otras las disposiciones, lo que varia es la perspectiva.

Así en CB ordenadas las pasiones y mortificados los apetitos ya está capaz de ver a Dios (CB 40,4); pero en CA no ha de esperar a ese momento futuro de la visión beatífica, porque con las pasiones ya compuestas, los apetitos y afecciones mortificados, pueden recogerse a gozar con el espíritu interior de los deleites que él goza (CA 39,4).

Es elocuente la doble manera de concluir sus cánticos, el CB se expresa así: «Todas estas perfecciones y disposiciones antepone la esposa a su Amado, el Hijo de Dios, con deseo de ser por él trasladada del matrimonio espiritual, a que Dios la ha querido llegar en esta Iglesia militante, al glorioso matrimonio de la triunfante, al cual sea servido llevar a todos los que invocan su nombre, el dulcísimo Jesús, Esposo de las fieles almas, al cual es honra y gloria, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, *in saecula saeculorum. Amén»* (CB 40,7). En CA había escrito: «Todas estas potencias des-

[11] Es muy interesante leer los puntos citados teniendo presente esta doble dimensión que en ambos se proyecta. Una escatología ya realizada en A, una escatología futura en B.

cienden y bajan de sus operaciones naturales, cesando de ellas, al recogimiento interior. En el cual sea servido el Señor Jesús, Esposo dulcísimo, poner a todos los que invocan su santísimo nombre. Al cual es honra y gloria, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, in *saecula saeculorum.* Amén» (CA 39,6).

Conclusión

El testimonio de la Madre Teresa y su propia experiencia han despertado en san Juan de la Cruz la conciencia de lo que el misterio de la Encarnación significa para el conocimiento de Dios y del hombre. Lo ha reflejado en la composición del primer *Cántico* con un orden en las canciones que lo pone de manifiesto. Si cada hombre ha de hacerlo suyo, es posible porque se ha dado en el origen esa disposición en la condición humana para venir a la unión. En el devenir de la historia nos alcanza en la cruz de Cristo la visión de esta naturaleza abierta a la plena comunión, tras los trabajos y tareas que nos adentran en esta historia de amor y salvación. Algo ya presente y revelado por el misterio de la Encarnación, ya plenamente realizado en la Humanidad de Cristo.

Llegado el momento de revisar su obra para una posible publicación, nuestro santo cae en la cuenta de que esta sabiduría amorosa, ha de pasar por las expresiones de una sabiduría escolástica que le llevan a cambiar el orden las canciones, dejándose, para después de la purificación en este mundo y el ascenso a la unión, la descripción de lo que en su primera redacción es fruto del conocimiento del misterio de la Encarnación. Se trasladan en bloque las canciones que denotan esa condición para la unión que se ha de dar en el hombre, al momento en que se entiende haber pasado las vías por las que se alcanza.

Lo que eran momentos de la historia en los que el hombre había de ir descubriendo su origen —y por lo mismo pidiendo que todo lo que impide esa manifestación de su ser en plenitud se detenga, o bien se purifique—, se ordena en el segundo *Cántico* en el camino que ha de llevar a la unión en la vida bienaventurada, por un camino de unión alcanzado en sucesivas vías, que desembocan en una unión

que ansía consumarse en la visión beatífica. Las canciones quedan perfectamente ordenadas para esa visión en las tres vías: purgativa, iluminativa, unitiva. Para esa visión de la condición humana, dividida en principiantes, aprovechados y perfectos, y cesa la presentación de la condición humana ordenada desde su origen a la unión con Dios. Las almas criadas para estas grandezas, han de serlo por un camino de ascesis y búsqueda que en cierta medida enturbia esa visión clara y limpia de la cristalina fuente, donde desde la fe se descubre la verdadera condición del hombre, y adapta a esa visión escatológica que se viene desarrollando en la tradición, por la que solo después del juicio se alcanza la definitiva unión con Dios, que siempre queda a la espera de su consumación, tras el juicio.

Ello es tan manifiesto porque en las cinco últimas canciones se han introducido numerosos cambios que lo denuncian. Entendemos que siguiendo la tradición no podía exponerse una visión del hombre que eludiera ese proceso de realización en que solo superado el juicio tras la muerte el hombre podría disfrutar de la plena unión con Dios, a través de la visión beatífica. A ello tuvo que disponer su declaración y orden de las canciones. Pero en su experiencia, nacida del contacto con santa Teresa, estaba esa certeza de que Dios había creado al hombre para la unión con Él, y por la sabiduría amorosa se llega a saber y gustar, tal y como aparece en la primera redacción del *Cántico*. No le pareció oportuno quemarlo, ni quiso nunca desecharlo por encontrar reflejado en esta primera redacción su propio camino, y el de otras muchas almas sencillas y amorosas con las que trataba. Nuestra hipótesis es sencilla, cuando el Santo piensa en la publicación de su obra, tiene que corregirla para adaptarla a la tradición de la iglesia. No porque piense que su experiencia no es auténtica y verdadera, y que responde a la verdad de la revelación, sino porque piensa no va a ser entendido, y por lo mismo falsamente juzgado. En este sentido podemos decir que hasta que el concilio Vaticano II ha insistido en la escatología presente, era mucho más acorde con la tradición la segunda redacción que la primera, que ha ido relegándose en las ediciones, o bien ignorándola o bien dando menos relieve que a la última redacción.